



Amparo Izquierdo, 76 años.

Sheila Expósito, 20 años.

Una madrileña que nunca se rindió

Amparo Izquierdo tiene setenta y seis años. Vive en el Club Residencial Imperial junto a su marido Antonio, unos años más joven que ella.

Madrileña de nacimiento, gran parte de su vida aconteció en su ciudad. Ahora, Amparo disfruta la vida junto a su pareja todo lo que puede, dando rienda suelta a sus aficiones, que ambos comparten con mucho fervor. Sus recuerdos, aún calientes, vienen constantemente al presente a modo de flashes durante las conversaciones en su habitación. No es para menos, el entorno lo permite: una amplia habitación luminosa llena de fotografías y cuadros que ella misma ha creado. Entre ellos, un autorretrato y El Grito de Edvard Munch. Con este ambiente, y junto a su espontaneidad y simpatía, la protagonista de esta historia narra con pasión su experiencia, siendo una ciudadana, una hija, una madre y una esposa muy especial.

Amparo desea contar la aventura de su vida, una experiencia que según ella tiene un final inédito. Pero por encima de todo, quiere dejar un bonito recuerdo a sus cuatro hijos. Ella abre su corazón.

Una vida particular

La historia de Amparo comienza el ocho de enero de 1930 en Madrid. Su infancia, plagada de amables recuerdos, transcurrió en su casa situada entre la madrileña Plaza de Legazpi y "El Pico del Pañuelo". De ella recuerda prácticamente todo, pues vivió allí hasta los veinticuatro años.

La casa no era muy grande. Tenía una entrada como un corredor, y por la que se entraba al patio. Recuerda su antigua cocina que guardaba una despensa; su antiguo comedor y el servicio. De las tres habitaciones con las que contaba su casa, relata que la más pequeña era la de su hermano que constaba de una cama, una mesilla y una pequeña butaca. La suya sin embargo, ya era más grande, pues siempre se esperaba la visita de alguien del pueblo de sus padres. Y tenía un balcón, donde su padre solía entretenerse por las tardes, sobre todo cuando ya era anciano.

Cuando contaba con seis años, estalló la Guerra Civil española, y de la que posee numerosos recuerdos. Por las noches cuando bombardeaban la ciudad, sus padres les bajaban a ella y a su hermano a los pisos bajos de su casa. De uno de esos bombardeos, dos casas de "El Pico del Pañuelo" quedaron destruidas a causa de sendas bombas. Finalmente, y por de la cercanía del frente (por dónde ahora se sitúa la zona de Marcelo Usera), tuvieron que ser evacuados ella y su hermano junto a su madre a una casa de Bravo Murillo. De esa etapa recuerda haber ido a un colegio, en realidad era una sola habitación y en la que había pocos niños y todos escribían en una mesa común.

A pesar de las dificultades de la guerra, Amparo y su familia antes de terminar la contienda pudieron volver a su casa de Legazpi. Todavía recuerda el saco de naranjas que trajo su padre y que escondieron bajo una cama. Fue entonces cuando a partir de 1939, empezaba para ella una vida más sosegada.



Su infancia, junto a su hermano dos años menor que ella, pudo disfrutarla con más oportunidad que otros niños de su edad. La rayuela, el "Rescatao", la Comba formaban parte del repertorio de sus juegos de la infancia que disfrutaba con otros niños. En invierno solía jugar a otros juegos más tranquilos, como a los recortables de muñecas y a las manualidades, y que compartía con una vecina que sufría una parálisis.

También tenía sus pequeños caprichos, que en ese tiempo se podía permitir. Su padre le daba a ella y a su hermano el dinero necesario para comprar una bolsa de patatas fritas, que costaba 10 céntimos de la época. También, guarda el recuerdo de su padre dándole dinero para el cine, para poder ver a sus ídolos como Gary Cooper, Clark Gable, o Cary Grant.

Y es que Amparo ha sido una niña muy inquieta, y aún lo sigue siendo con su madurez.

En el colegio fue una niña aplicada. Tanto que Don Julio, el director, llegó a recomendar a su padre que estudiara un Peritaje Mercantil, cuya escuela se situaba en la Plaza de España. Fue allí donde conoció a su gran amiga Carmen, que vivía cerca de su casa y era un año mayor que ella. Con ella viajaba en el metro que ambas tomaban en Plaza de España y del que se bajaban en Embajadores. ¡Qué de confidencias de jóvenes se intercambiarían en esos trayectos!

Tras graduarse a los 18 años Amparo y su amiga Carmen comenzaron a trabajar en la empresa Philips Ibérica S. A. Y tuvo que pasar un proceso de selección. Se equivocó en una regla de tres compuesta, pero ocupó el puesto. Quiso trabajar; además pasó allí seis años de su vida hasta que se casó con Pepe.

Seis años de noviazgo que terminaron con boda en el año 1954; así se llevaba en la época. Pepe sin duda marco un antes y un después en su vida, estando unida a él durante 45 años. Su boda, su vestido blanco, su ajuar que ella cuidó y preparó, construyen un pedazo hermoso de su vida y que ella guarda en su corazón. Por ello, Amparo siempre enseña orgullosa su foto de boda. Formaban una pareja entrañable.

Una vida de casados feliz y de cuyo fruto nacieron 4 maravillosos hijos, como los define su madre: José Ángel, Daniel, Fernando y Rafael. Siempre permaneció a su lado, sintiéndose verdaderamente orgullosa de ellos. Supo disfrutar de su infancia y su juventud, consintiéndolos lo justo. Ellos han sido todo para ella.

Pero el destino separó al matrimonio, y a Pepe la muerte se lo arrebató de sus brazos. Contaba Pepe con 76 años y ella con 69. Sin embargo, esa insuficiencia respiratoria que se lo llevó no impidió que se dieran el último beso.

La emoción contenida en el rostro de Amparo con la última caricia de Pepe, hace que sus ojos tan vivos se apaguen por un instante vidriosos, tristes.

La esperanza de un nuevo amor

Pero Amparo ha sido y es una mujer fuerte, inquieta y por encima de todo intrépida. Supo vencer al desaliento, a esta adversidad que le había deparado la vida Y tras una temporada con problemas en sus rodillas, decidió darse la oportunidad de volver a disfrutar el sabor de la vida.

Corría el año 2001 cuando Amparo ingresó en el Club Residencial Imperial. Allí descubría que aún le quedaban muchas actividades por desempeñar. Conocía



nuevas amistades al mismo tiempo que desarrollaba poco a poco dos de sus pasiones: pintar y bailar, donde derrocha ese gran carisma que tiene, capaz de enamorar a cualquiera.

Es ahí, en ese contexto donde conoció al segundo gran amor de su vida, Antonio y que ahora es su marido. Ella al verle le pareció "resultón", fuerte, y sobre todo inteligente. Y él, a pesar de no poderla ver físicamente por su ceguera, si la imaginaba en su pensamiento. Supo que Amparo era una persona muy especial, y de alguna manera, la elegida para pasar el resto de su vida junto a ella.

Las clases de gimnasia y las de canto en las que Antonio demostraba tener una buena voz de barítono, le servían para impresionar a Amparo. Y se enamoraron.

Un día se toparon el uno con el otro en la calle, cuando decidieron tomar algo. Fue allí donde Antonio se declaró contundentemente: ¡Tienes que ser mis ojos! Amparo no contestó, para ella no era fácil dar ese paso. La conciencia de haber tenido un matrimonio feliz anteriormente, sus cuatro hijos y los siete años de edad que la separaban de Antonio la retenían en esa decisión. Pero aceptó el reto. Y ha rehecho su vida.

Sus hijos lo aceptaron. Cuenta que la más ilusionada fue una de sus nueras. Y es que sus hijos en el fondo sospechaban que iba a ser éste el final; pues Amparo, no paraba de hablarles de Antonio.

Su boda fue en diciembre de 2003. Fue una ceremonia sencilla, oficiada por un franciscano en un colegio de franciscanos. Fue una boda emocionante para ambos, algo que jamás olvidarán, y en la que se ensalzaba sobre todo el mutuo amor y cariño que ambos profesan, el uno por el otro.

Desde entonces, este matrimonio ha sido un éxito y se fortalece cada día más. Cariño, comprensión y sobre todo amor, son los sentimientos que destacan de su relación a simple vista.

Antonio, apoyado en el hombro de su mujer, la deja que guíe su camino, probablemente hacia el de la felicidad. No es para menos, Amparo lo permite. Irradia esa luz que Antonio necesita para ver inconscientemente, en cada una de sus palabras. Es un afortunado.

Ahora disfrutan su larga luna de miel caminando por Madrid cada mañana, cantando, bailando, pintando. Todo ello para intentar escribir una historia similar a ésta, o quizás una nueva con otra tinta de pluma.

Lo importante de la vida

Amparo se siente afortunada. Tiene una familia, como ella define, fabulosa; un marido que la ama y todavía muchos años por delante. Hace un balance positivo de su paso por la vida.

En este balance, destaca que lo que más ha merecido la pena de su vida fue el haber tenido una familia tan especial junto con sus verdaderos amigos.



En primer lugar, sus padres, por los que siente verdadera devoción. Su padre con su cariño y sus pequeñas concesiones y su madre han constituido un pilar esencial en su vida que jamás olvidará. Según sus propias palabras, han sido los mejores padres que ella nunca hubiera podido imaginar tener. Si ha merecido la pena ser su hija.

Su marido, sus hijos y sus nietos. Si algo merece la pena de vivir según Amparo es continuar al lado de su marido Antonio que la necesita. Y por todo ese cariño que aún les falta por darse el uno al otro.

Sus hijos. Su nacimiento cambió la vida de Amparo. ¡No hay cosa más bonita que darle de mamar a un bebé! Y sobre todo criarlos. No lo cambia por nada en absoluto. Ahora le toca disfrutar de ellos junto con sus nueras, a las que también adora.

Sus nietos. Para ella son todos muy especiales. Verdaderamente ha sido todo un placer verlos crecer.

Sus amistades han sido otro apoyo en la vida de Amparo. Su amiga Carmen, ¡cuánto ha merecido la pena conocerla! Una amistad que perdurará por mucho tiempo.

Por todo este contexto familiar tan valorado, es por lo que Amparo no modificaría ni un fragmento de su vida, pues asegura que aún le queda una vejez muy bonita, a la par que especial; y que espera seguir disfrutando.

Desde su juventud, ella supo que quería pintar, no lo abandonó y ahora sigue dando riendo suelta a su gran habilidad con el pincel. Además, disfruta cada día leyendo, cantando y sobre todo bailando con su marido en esas fiestas de disfraces y clases de baile del Club Residencial Imperial.

Esa es la vejez bonita a la que se refiere Amparo que merece la pena vivir.

Sin embargo, estos setenta y seis años le han enseñado a Amparo una cosa, y es que ante todo, se debe ser una misma. Esto se lo pidió a Antonio y él lo cumplió.

También, otro aspecto que Amparo ha aprendido de la vida es no temer a la muerte, pero sí al dolor. Uno de los motivos que durante estos años le han hecho reflexionar así ha sido el saber disfrutar de la vida como ella lo ha sabido hacer.

No me arrepiento de mi vida, esa es su cita más reflexiva. Y es que Amparo ha sido y es una mujer luchadora, no se ha rendido ante nada. Pero sobre todo ha demostrado tener unas tremendas ganas de vivir. Y es que aún le quedan muchas páginas que escribir en el gran libro de su vida.